

LECCIÓN INAUGURAL • CURSO 2026/27

¿De quién aprende la universidad?

Las hojas hacen el viento



Eduardo Alejandro Herrero Vázquez

Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Edificación • Universidad de Sevilla

7 de octubre de 2026

Sobre esta edición



Esta publicación recoge la lección inaugural del curso 2026/27 de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Edificación de la Universidad de Sevilla, pronunciada el 7 de octubre de 2026.

Su desarrollo combinó palabra, imágenes, microvídeos y una experiencia compartida con las personas asistentes. Esta edición conserva esa condición híbrida: el texto puede leerse de manera autónoma, pero algunas imágenes permiten volver a los materiales audiovisuales que acompañaron su pronunciación.

El documento se completa con fotografías tomadas durante el acto. No pretenden ilustrar lo que se dijo, sino dejar constancia de algo que también formó parte de la lección: lo que ocurrió mientras se decía.

Edición digital · Los microvídeos y la grabación íntegra del acto son accesibles desde esta publicación.

MIRAR AL REVÉS

—¡Profe, profe, el viento no mueve las hojas!

—¡Claro, si no hay viento...!

—¡No, no, profe! Digo que son las hojas... las que, al moverse... ¡hacen el viento!

—Ya... ¿y en el mar?

—¡Profe! ¡En el mar, las olas hacen el viento!

—Claro... las hojas, las olas... ¿Y en el desierto? Allí no hay árboles ni mar. ¿Cómo se hace el viento en el desierto? ¡Seguro que serán las dunas!

—¿En el desierto?

—¡Uhmmm!

—¡El tiempo, profe! ¡En el desierto... el viento lo hace el tiempo!

Durante años pensé que aquella niña estaba equivocada. La física meteorológica lo deja claro: masas de aire, diferencias de presión... A la niña le faltaba información. O eso pensaba yo.

Con el tiempo empecé a sospechar que en aquella ingenuidad había algo más. No era solo error o desconocimiento. Tal vez aquella conversación me estaba ofreciendo una posibilidad que yo no había sabido ver:

mirar al revés.

Y es que, entre las muchas maneras de mirar, siempre cabe mirar al revés.

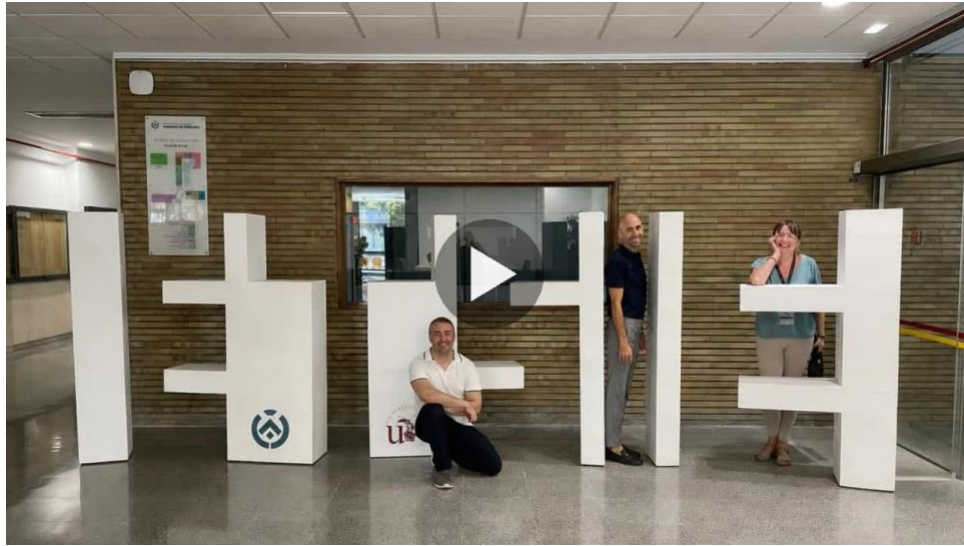
Quizá, al mirar al revés, se vea diferente lo que creíamos conocer. O asome algo que parecía oculto. O, sin saber muy bien por qué, encontremos la claridad que necesitábamos para ver mejor.

Nuestro idioma, que a veces sabe más que nosotros, nos regala una travesura:

REVÉS... leído al revés: SÉ VER.

Para enseñar, tal vez necesitemos, de vez en cuando, atrevernos a mirar las cosas al revés.

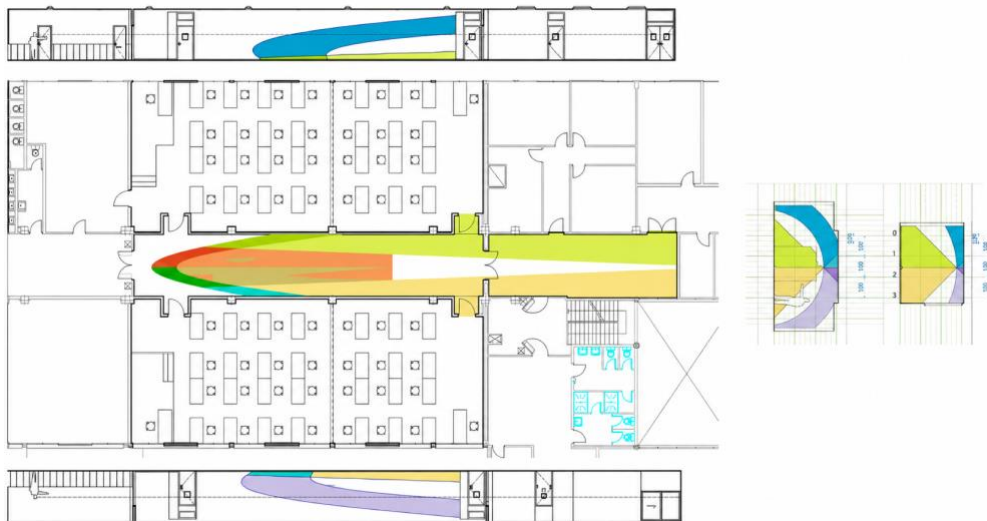
O atravesar lo que a simple vista se nos ofrece.



Mirar al revés

Microvídeo proyectado al comienzo de la lección.

Quizá la Geometría Descriptiva nos entrene precisamente para eso: para ver más allá de lo aparente. Una misma realidad puede mostrarse de maneras muy distintas según el punto de vista; una dimensión que queda oculta en una proyección aparece en otra.



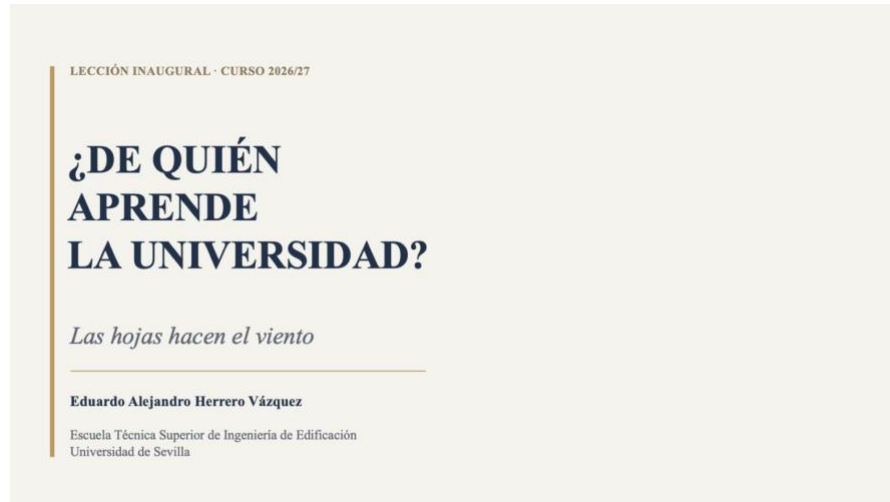
Proyecciones diédricas de la anamorfosis.

Y, a veces, necesitamos cambiar los planos de proyección para apreciar verdaderas magnitudes.

Por eso me pregunto qué pasaría si miramos la educación... al revés.

Pero, discúlpenme. Estoy empezando una lección inaugural y todavía no les he dado ni los buenos días.

Así que... buenos días. Ahora sí.



Portada institucional de la lección.

Gracias, señor director de estrategia internacional de la Universidad de Sevilla, señora directora de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Edificación, señora presidenta del Colegio Oficial de la Arquitectura Técnica de Sevilla, autoridades académicas y profesionales, compañeras y compañeros, colegas, estudiantes, amigos y amigas, familia. Disculpenme esta pequeña alteración del protocolo.

Lo he hecho porque, si durante los próximos minutos quería compartir algunas de las cosas más valiosas que he aprendido de nuestros estudiantes, me parecía justo que una niña —hoy graduada de esta Escuela— se me adelantara en la palabra.

Han pasado cuarenta años desde que entré por primera vez en un aula como profesor. Ocho los pasé en Secundaria. El resto, entrando y saliendo de aulas universitarias, con especial dedicación a esta Escuela, al Grado en Edificación y al Máster en Prevención de Riesgos Laborales en Construcción. Quizá no sea casual que hoy mire la educación desde esos dos lugares.

Podría aprovechar este atril para hablarles de Geometría Descriptiva o de Ergonomía, mis asignaturas favoritas en cada titulación. Pero hace un año, aquí mismo, pensé que, si alguna vez tenía la oportunidad de ocuparlo, quería hacer algo ligeramente distinto.

La ocasión llegó.

Así que hoy quiero prestar el tiempo de este atril a quienes difícilmente tendrán voz directa desde él en un acto como este. No voy a hablar en nombre de nadie —sería pretencioso y contradictorio—. Solo quiero compartir cosas que me dijeron, que hicieron, que preguntaron... y que me cuestionaron.

Cosas que fueron cambiando mi manera de ver la enseñanza. Algunas las entendí en el momento. Para otras necesité tiempo. Y otras, seguramente las más importantes, todavía sigo intentando entenderlas.

Hoy, mi tiempo será el de mis estudiantes.

Así que esta no será una lección impartida, sino compartida. Una lección en gerundio: una lección que todavía estoy aprendiendo.

CAMBIAR LA PUERTA

A punto de cumplir sesenta y seis, siento que esta lección quizá me estaba esperando mucho antes de que yo llegara a ser profesor.

Tenía doce años.

Don Manuel nos daba Matemáticas. A clase acababa de llegar un compañero desde Jaén; lo llamaré Darío. El Real Sporting de Gijón —sí, ya sé que no es el Betis ni el Sevilla— lo había incorporado a sus categorías inferiores y su familia se había trasladado con él a mi tierra.

Un día, don Manuel planteó un ejercicio sobre el perímetro de un triángulo equilátero.

Darío no arrancaba. Lo recuerdo rebuscando entre lápices, reglas y rotuladores de todos los colores en el enorme macuto que le había dado su equipo. En un lateral lucía el escudo del Sporting: precisamente un triángulo, aunque isósceles. Quizá aquella fuera la pista que no llegó a encontrar.

Don Manuel lo vio.

Y no volvió a explicar el perímetro. Tampoco le preguntó directamente qué era lo que no entendía.

Cambió el problema.

Nos pidió imaginar un campo de fútbol que queríamos vallar con tres tubos horizontales.

—¿Cuántos metros de tubo necesitaríamos?

Darío respondió antes que nadie.

—¿Y si fueran tres campos? —preguntó el maestro.

—¡Depende! —respondió Darío.

Entonces no entendí demasiado. Pero, no sé por qué, me quedé con la escena.

Hoy sí entiendo algo: don Manuel no cambió lo que Darío debía aprender.

Cambió la puerta por la que podía entrar.

Y quizá Darío y don Manuel tengan algo que ver con una mirada que, muchos años después, la Ergonomía me ayudó a nombrar.

En Ergonomía hay una idea muy sencilla: adaptar las condiciones, las herramientas, los puestos y las tareas a las características de las personas. El guante, a la mano; el casco, a la cabeza; la mesa, a quienes van a trabajar alrededor de ella.

Pero adaptar no significa rebajar la exigencia. Ajustar un casco no reduce la protección; la hace más eficaz.

Por eso, últimamente, me pregunto si no cabría pensar también —perdónenme el palabro— en una... ergonomía pedagógica.

No una pedagogía complaciente. No una universidad a la carta. No menos rigor. No bajar el nivel.

Una mirada. Una disposición. Tal vez atrevernos a preguntarnos no solo qué deben aprender quienes llegan hasta nosotros, sino también quiénes son.

Qué esperan. Qué experiencias traen. Qué temen. Qué pueden aportar. Qué profesional aspiran a ser. Por quién o por quiénes darán su cien por cien.

Escuchar todo eso no rebaja la exigencia; nos ayuda a afinarla. Porque el aprendizaje no ocurre en el tema 5, ni en el aula 2.2a, ni un jueves de diez a doce.

El aprendizaje ocurre en alguien.

En una persona que piensa y siente. No mano de obra, sino un ser humano que obra.

Y, ya puestos a la obra, me interesa algo más que cumplir los programas docentes que diseñamos: me pregunto qué vida tendrán después. Cómo se vivirá aquello que construimos cada junio para enseñar el curso siguiente.

Y eso es lo que quiero compartir ahora.

Apenas llevaba tres años en mi departamento cuando una estudiante de Geometría me lo hizo ver a su manera.

Por entonces, para presentarse al examen había que entregar una carpeta de prácticas completa y correctamente realizada. Si la carpeta estaba apta, entrabas. Si no, no. Como en la antigua academia de Platón: “que no entre quien no sepa Geometría”.

Nuestra intención era impecable: practicar sirve para aprender.

Hasta que Miranda me dijo:

—Eduardo, ¡entonces las prácticas también sirven para suspender!

—¿Cómo que también sirven para suspender?

—Claro. Si están todas bien, puerta abierta. Pero si no me da tiempo, no puedo presentarme. Y si no puedo examinarme, suspendo.

Yo creía que practicar servía para aprender. Y sigo creyéndolo.

Pero Miranda estaba embarazada y entonces todavía no contábamos con las medidas de conciliación académica de hoy. Me obligó a mirar nuestra exigencia desde otro plano.

En el nuestro, practicar era aprender. En el suyo, equivocarse —o sencillamente no disponer del tiempo necesario— podía impedirle demostrar lo aprendido.

Ahí empecé a entender que también mi evaluación podía estar sesgada. Y descubrí lo fértil que puede ser el error para mi propio aprendizaje docente. Por eso necesito que alguien me diga, de vez en cuando: “Eduardo, entonces las prácticas también sirven para suspender”.

Yo llevaba años participando, sin mirar demasiado más allá, en aquel sistema de carpetas para aprender Geometría. Y fue el aprendizaje de Miranda el que terminó dando carpetazo a mi forma de enseñarla.

¿Y si el aprendizaje también hiciera la enseñanza?

ENSANCHAR EL AULA

Después de Miranda llegaron más estudiantes.

Pepe había sido alumno mío de primero y, años más tarde, vino a buscarme para hacer su Proyecto Fin de Grado. Como tutor, siempre he pensado que el tema de un proyecto no es del tutor ni siquiera de quien va a desarrollarlo. A veces parece que los temas acaban encontrando a sus autores ideales, y no al revés.

Pepe era *skater*. Sigue siéndolo.

Y en una de nuestras primeras conversaciones apareció una pregunta:

—¿Quién diseña los skateparks?

No sabíamos muy bien adónde podía llevarnos. Quizá por eso merecía la pena seguirla.

El otro mundo de Pepe, el que aparentemente ocurría fuera de la Escuela, entró en ella. El skate se convirtió primero en pregunta académica, luego en proyecto y, finalmente, en campo profesional.

Para mí una rampa había sido casi siempre algo que había que subir y, llegado el caso, bajar con cuidado. Pepe me enseñó que también podía servir para tomar impulso.

Y que la curva de una rampa no era simplemente una forma. Podía cambiar el movimiento, la velocidad, incluso el tiempo de un recorrido.

Hasta hacerme recordar que no siempre se llega antes siguiendo una línea recta.

La Geometría tiene un nombre precioso para una de esas curvas: braquistócrona.



La rampa. Construyendo un sueño

El skate convertido en pregunta académica, proyecto y campo profesional.

Otro Pepe, graduado primero en Arquitectura, usó la anamorfosis para responder a su inquietud sobre los espacios de aprendizaje. Esa inquietud acabó ocupando el Proyecto Fin de Grado que tuve el placer de tutorizar.

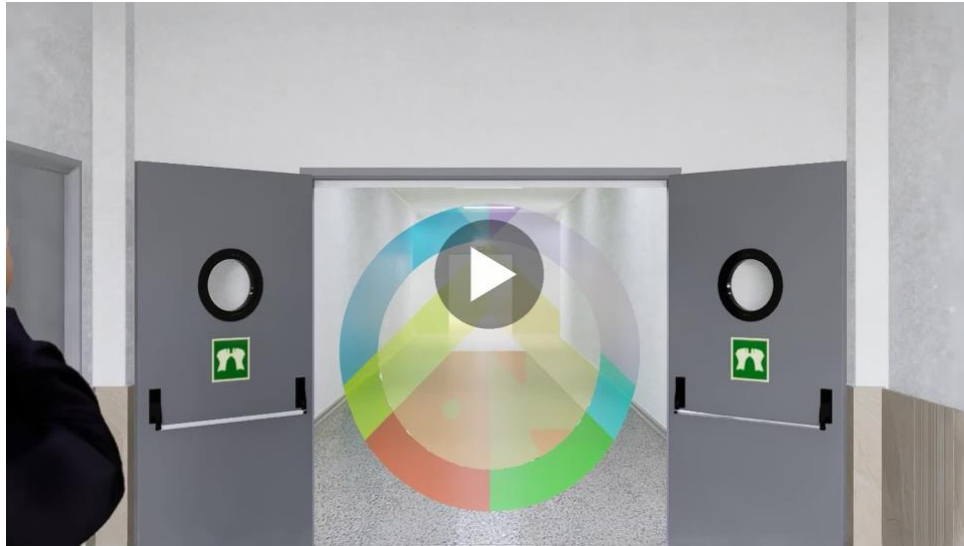
A Pepe nadie le había enseñado esa técnica que transforma apariencias; yo tampoco. La aprendió porque su proyecto la necesitaba.

—Pepe, los pasillos siempre serán pasillos, por muy bonitos que se decoren —le dije.

—Eduardo, te aseguro que un lunes a las ocho el pasillo de la 2.2a no es el mismo que un viernes a las doce.

Y tenía razón. El pasillo podía ser el mismo, pero no lo era la experiencia de habitarlo. Como en una anamorfosis, bastaba cambiar el punto desde el que se miraba. Solo que Pepe acababa de añadir otra coordenada: el tiempo.

Quizá por eso no haya espacios residuales para el aprendizaje. Cuando hablamos de aprender, el dónde y el cuándo tampoco son neutros.



Anamorfosis y espacios de aprendizaje

La apariencia cambia con el punto de vista; Pepe añadió otra coordenada: el tiempo.

Otro graduado en Arquitectura, Alberto, me preguntó si se podía aprender fuera de horario, en otros espacios, por su cuenta, al aire libre o en un escape room... ¡urbano!

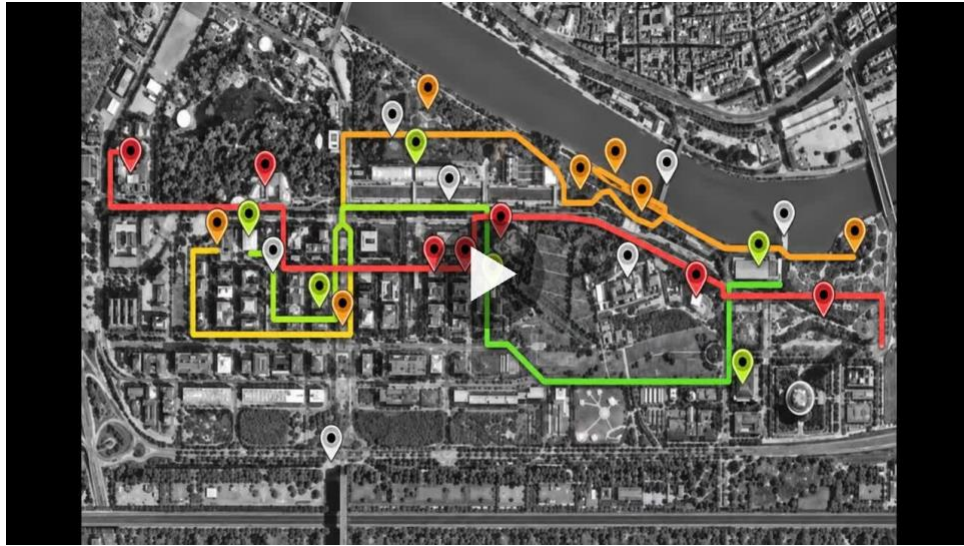
—Claro, siempre habéis tenido tiempo de biblioteca, de estudio allá donde pudierais —le dije.

—Sí, pero no, Eduardo. También podríamos aprender caminando, en bici o patinando por la Cartuja. Y, de paso, darle vida, recuperarla para la ciudadanía.

Entonces imaginó una red de líneas de metro... ¡sin metro!

Y aparecieron líneas de colores, con sus intercambiadores y transbordos: la roja, de alardes estructurales; la de estética funcional; la verde, bioclimática; la de nuevos materiales.

Aquel día Alberto amplió esta Escuela —mía, suya y para orgullo de su madre— hasta que cupo dentro una isla.



La Cartuja: una red de líneas de metro... sin metro

Un territorio convertido en red de aprendizaje.

Luisa, Gloria... hasta ocho estudiantes de libre configuración dieron vigencia, ciento cuarenta años después, al primer levantamiento topográfico de la historia de la Fotogrametría.



Fotogrametría

Relectura del primer levantamiento topográfico de la historia de la Fotogrametría.

Pero no los recuerdo por aquel trabajo, que fue excelente, ni por un interés curricular: las notas de Fotorrestitución Arquitectónica ya estaban publicadas.

Los recuerdo porque, mientras yo vivía sumergido en mi tesis doctoral, ellos, con Cuca —una de mis grandes referentes como docente, compañera y persona—, siguieron aprendiendo en pleno agosto alicantino por el simple compromiso de disfrutar haciéndolo posible.

Sin necesidad de decir nada, me enseñaron que el placer de aprender puede desbordar una asignatura, su currículum e incluso a quien la imparte.

Y me hicieron descubrir la riqueza de dejarse llevar, siempre en compañía, por una pregunta tan sencilla como poderosa: ¿y si...?

Con todo, nada de esto me entregó una teoría.

Cada caso fue dejando pequeñas modificaciones en mi manera de enseñar y, con ellas, también en mi manera de mirar.

Con el tiempo he advertido que algo aprendido con una promoción acaba llegando a la siguiente. Una pregunta modifica una práctica. Una práctica modifica una clase. Una clase provoca otra pregunta. Y aquello vuelve... nunca igual.

Lo he vivido y sigo viviéndolo. Por eso me atrevo a decir que enseñar quizá necesite algo de... *aprenciclaje*. Disculpen la jerga técnica.

No me refiero a reciclar contenidos ni a cambiar por cambiar.

Aprenciclar sería aprender de quienes aprenden con nosotros y hacer que algo de ese aprendizaje llegue a quienes vienen después.

Después de haber aprendido de alguien, quizá ya no podamos enseñar exactamente igual.

DE MI AULA A LA UNIVERSIDAD

Hasta aquí he mirado, sobre todo, mi propia práctica: lo que he aprendido con mis estudiantes y cómo ese aprendizaje ha ido cambiando mi manera de enseñar.

Pero ¿qué ocurre si ampliamos el plano y miramos también a la institución?

Una de las primeras oportunidades para hacerlo me llegó fuera de la relación estrictamente académica. Durante años coordiné la orientación y acción tutorial de nuestra Escuela. Y allí descubrí que la relación entre docentes y estudiantes podía ser otra.

Ya no se trataba solo de resolver dudas o mejorar una nota. Queríamos comprender qué podía influir en una trayectoria: las relaciones, las circunstancias personales, el sentimiento de pertenencia, las decisiones que iban tomando... y cómo la carrera empezaba a mezclarse con sus propios proyectos de vida.

Imaginamos entonces las tutorías de carrera como faros: no para marcar el rumbo, sino para estar ahí, visibles, cuando hicieran falta.

Y aprendí algo más: incluso quien repetía curso podía convertirse en un magnífico mentor. Quizá conocía obstáculos que un estudiante recién llegado todavía no podía ver.

Tal vez sea en esa relación, menos académica en apariencia, donde la universidad pueda practicar una mirada ergonómica: recordar que quienes estudian con nosotros no son solo futuros profesionales; son personas que están intentando hacerse un lugar en el mundo.

Ahora bien, si la institución quiere saber cómo les va, también necesita datos.

En su momento presidí nuestra comisión de docencia. Cada curso revisábamos tasas de rendimiento, éxito, eficiencia, abandono... Todos datos necesarios. Y tratábamos de comprenderlos.

Para los resultados feos encontrábamos explicaciones razonables: una elección del Grado no del todo clara, formación previa insuficiente, falta de madurez, desarraigo, dificultades personales... Seguramente muchas eran —y siguen siendo— ciertas.

Pero, mientras buscábamos causas para explicar los resultados, empecé a preguntarme qué más podía estar ocurriendo.

Y a esa pregunta fui añadiendo otra, sin ánimo de volver la mirada indulgente: ¿y si probáramos a mirar la pizarra desde el otro lado?

Tal vez esas tasas, que hablan en principio de nuestros estudiantes, puedan decirnos también algo sobre nosotros. Sobre nuestra enseñanza, mirada desde sus aprendizajes.

A veces juego con imaginar una tasa que probablemente no cabría en un Excel: la eficiencia pedagógica.

No mediría cuánto tarda alguien en llegar al final, sino cuánto ha avanzado desde donde empezó; cuánto de lo aprendido es capaz de llevar a otros lugares; y cuánto menos nos necesita para seguir aprendiendo.

Y quizá debería decirnos también si aquello que intentamos enseñar sigue siendo vigente y pertinente.

Y fue un estudiante del Máster —lo llamaré Said— quien me puso delante una de esas proyecciones incómodas.

Habíamos trabajado RULA, REBA... hasta cinco de los métodos de evaluación de riesgos ergonómicos más utilizados en el mundo.

Said llegó a dominarlos. Podía explicarlos incluso en español. Conocía la mecánica, la lógica y la forma de aplicarlos. Académicamente, todo parecía haber salido bien: yo había enseñado y Said había aprendido. Objetivo cumplido.

Pero, caminando por el pasillo después de la última clase, me dijo algo parecido a esto:

—Eduardo, comprendo perfectamente los métodos. Pero no sé cuánto van a servirme en mis obras cuando vuelva a mi país.

El problema no era si los métodos eran correctos. Said estaba preguntando si le servían. Estaba preguntando por su pertinencia.

Y Sonia, que caminaba con nosotros, no dejaba de mover la cabeza:

—Eduardo, ¿dónde quedan las personas en todos esos métodos? Posturas forzadas, movimientos repetitivos, ángulos, giros... Pero ¿en qué pensarán?, ¿cómo se sentirán bajo presión, con temperaturas extremas?, ¿cómo se comunicarán entre ruidos...?

Said, Sonia... y después otras miradas, fueron cambiando mi manera de enseñar Ergonomía.

Empezamos a trabajar con tareas reales. A escuchar en clase a quienes las vivían. Y, desde ahí, a diseñar evaluaciones con las propias personas trabajadoras, porque son ellas quienes mejor conocen la brega diaria entre rendimiento y bienestar.

Entonces ocurrió algo que yo no había previsto: mis estudiantes dejaron de limitarse a memorizar métodos de evaluación... y empezaron a diseñar los suyos propios.

VOLT, ERGOVOCES, MANOS QUE HABLAN...

Tras cinco cursos llegamos a veinticinco métodos.

Veinticinco... más uno que hoy forman un catálogo descargable y transferible. Está en la Editorial de nuestra Universidad y la revista Aparejadores, de nuestro Colegio Oficial de la Arquitectura Técnica de Sevilla, lo ha abierto a la profesión.

Yo seguía enseñando Ergonomía, pero el aprendizaje de mis estudiantes estaba haciendo mi enseñanza... ¡habitabile!



25 + 1 métodos

Catálogo de proyectos ECO-PRL de evaluación de riesgos ergonómicos para el sector de la construcción.

Y más allá del aula.

Todo esto ha cambiado en parte mi docencia. Pero hay una expresión que pronunciamos con absoluta naturalidad y que quizá también merezca ser mirada de otra manera:

Educación Superior.

Voy a empezar por el final. Me gusta pensar que “superior” no se refiere solo al nivel de la enseñanza que ofrecemos —aunque, naturalmente, debamos aspirar a la excelencia—. Quizá también pueda nombrar el lugar que concedemos al aprendizaje.

Al aprendizaje de nuestros estudiantes, claro. Pero también al nuestro, al de quienes enseñamos. Porque, si dejamos de aprender, corremos el riesgo de seguir enseñando algo que ya no sea vigente o pertinente.

Durante años podía decir sin demasiada dificultad: “Yo enseñé, pero no aprendieron”. Hoy esa frase me cuesta.

Puedo decir: expliqué, propuse, acompañé, preparé, puse conocimiento a disposición. Pero si no hubo aprendizaje, si aquel conocimiento se quedó en mí... ¿hasta qué punto puedo afirmar que hubo enseñanza?

Sabemos que se puede aprender sin que nadie nos enseñe: leyendo, haciendo, equivocándonos, viajando, trabajando, conversando, intentando resolver algo que todavía no sabemos resolver.

Pero ¿puede haber enseñanza sin aprendizaje?

Tal vez las hojas hagan el viento.

Tal vez el aprendizaje haga la enseñanza.

¿Se puede seguir enseñando plenamente sin seguir aprendiendo?

DE ENSEÑAR A EDUCAR

Y esta pregunta nos llega en un momento fascinante: nunca habíamos tenido máquinas con semejante capacidad para enseñar.

Una inteligencia artificial puede explicar un concepto, formular preguntas, proponer ejercicios, corregir, conversar, adaptar una respuesta y volver a explicarlo de otra manera.

Podemos aprender con esas máquinas sin que haya una persona delante.

Pero hay algo que no ocurre del mismo modo: un algoritmo no nos mira como puede mirarnos otra persona.

Quizá por eso este momento sea una buena oportunidad para preguntarnos qué significa educar.

Hay una parte de la educación que ocurre en la relación. En esa interacción, la educación sucede en cada persona... y entre personas. Y no solo por lo que decimos o hacemos. También por la oportunidad de mirarnos.

El aprendizaje de nuestros estudiantes puede ocurrir conmigo. Pero, si pretendo educar, quizá tenga que aceptar que algo ocurra también en mí.

Por eso me seduce pensar que la educación superior puede ser la que alcanza, en justa reciprocidad, a quien aprende y a quien enseña.

No sé si esta mirada es radical. Sí sé que me cuesta pensar una educación superior sin transformación mutua de quienes participamos en ella.

Pero no quisiera dejarlo solo en una afirmación.

Durante unos minutos, prefiero que lo hagamos.

PERFORMANCE — EIDOFLEXIA

A su lado tienen a una o dos personas. Por favor, acuerden con una de ellas un momento de conversación. No importa si no la conocen demasiado; incluso mejor.

Dentro de unos minutos tendrán que hacerle un regalo. Solo tienen un folio. Nada más. Ni lápiz ni regla... solo un folio. Cada cual uno y todos iguales.

No hace falta saber papiroflexia. De hecho, quizá sea mejor no saberla.

Pero, antes de dar forma al regalo, necesitan una cosa: conocer un poco mejor a la persona que va a recibirlo.

Durante aproximadamente un minuto, hablen. Pregunten. Y, sobre todo, escuchen.

Intenten descubrir algo que todavía no sepan de esa persona y que pueda influir en lo que después van a construir.

Tienen un minuto por pareja. Adelante.

Bien. Ahora dense la espalda.

Tienen aproximadamente otro minuto para construir el regalo. Recuerden: solo pueden utilizar el folio.

No intentan demostrar qué saben hacer con un papel. Intentan construir algo que pueda tener sentido para esa persona.

Adelante.

Tiempo. Manos arriba.

Ahora pueden volver a mirarse.

Y supongo que nadie necesita demasiadas instrucciones para saber qué viene después.

Ofrézcanse los regalos. Y, si quieren, cuéntense por qué han construido precisamente eso.

Bien.

Quédense, por favor, con lo que han recibido entre las manos.

No voy a pedirles que lo enseñen ni que me expliquen qué significa.

Solo quiero dejarles dos preguntas:

¿Habrían construido el mismo regalo sin la conversación previa?

¿Qué parte de ese regalo está en el papel... y qué parte está en la persona para quien fue pensado?

En este punto la lección dejó durante unos minutos de ser pronunciada para convertirse en experiencia compartida.



Eidoflexia. La lección se convierte en experiencia compartida.

► [Ver microvídeo](#)

DEJARSE MODIFICAR

He llevado esta experiencia a muchos lugares. El último, apenas hace un mes, con estudiantes de primero de Logopedia en la Facultad de Psicología.

Un día alguien encontró una palabra para algo que quizá estaba ocurriendo mientras las manos doblaban un papel: eidoflexia.

Flexionar una materia para provocar otra flexión menos visible: la del pensamiento.

Flexión tangible, flexión intangible. Doble flexión: reflexión.

El nombre quizá sea lo de menos.

Lo importante es lo que acaba de ocurrir aquí.

Les pedí que preguntaran. Pero preguntar no bastaba. Tampoco bastaban el conocimiento previo ni la habilidad de cada cual con el papel.

La conversación solo tenía sentido si lo escuchado podía modificar lo que iban a hacer después; si alguna idea previa podía dejarse alterar; si abría la puerta a un aprendizaje nuevo.

Porque podemos preguntar sin escuchar. Podemos escuchar con educación y seguir exactamente igual. Incluso podemos escuchar buscando solo aquello que confirme lo que ya habíamos decidido.

Pero, mientras les veía interactuar, me ha parecido ver otra forma de escucha: una escucha que deja entrar la voz de otra persona en nuestra construcción.

Y, ya que estamos en una Escuela de Edificación, me voy a permitir otro palabro: escucha edificante.

Escuchar edificantemente no significa hacer siempre lo que otra persona pide ni renunciar a nuestros criterios. Significa permitir que su voz entre en nuestros cálculos. A veces los validará; otras, nos obligará a ajustarlos; y alguna vez quizá el territorio exija otro replanteo.

Reconozco ahora cuántas veces he preguntado a mis estudiantes... para nada. Porque sus respuestas no tenían ninguna posibilidad de modificar lo que yo iba a hacer.

Tal vez la ergonomía pedagógica de la que hablaba antes no sea mucho más que esto: una disposición a ajustar nuestra enseñanza sin perder de vista a la persona para quien la estamos construyendo.

Porque construir para alguien cambia la construcción. Acaban de comprobarlo: lo tienen entre las manos.

Un regalo quizá empiece justamente ahí: no en lo que yo quiero, puedo o sé hacer, sino en preguntarme para quién lo hago. Aunque eso me obligue a revisar lo que pensaba hacer.

Porque siempre cabe mirar de otra manera.

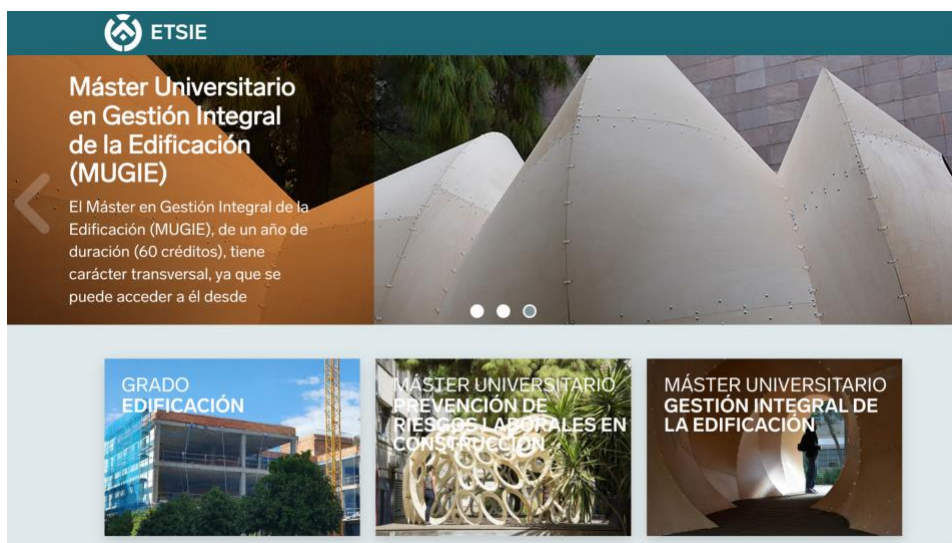
Y por eso no me resisto a contarles una historia de vacas.

Ezequiel estudia Veterinaria en la Universidad de Córdoba. En el Valle del Pas, en Cantabria, unas vacas sostienen a su familia y también sus estudios. Así que, en cierto modo, Ezequiel será veterinario gracias a ellas y para ellas.

Sandra no tiene vacas.

Pero escucha a Isa, su compañera de piso y de promoción en nuestro Grado, que además es novia de Ezequiel. Y, a partir de esa conversación, Sandra les ha prometido combatir el estrés térmico que sufren en su viejo cobertizo y regalarles una geometría... emocional: su Proyecto Fin de Grado.

Afortunadamente, Sandra no parte de cero. En esta Escuela tiene modelos de esas geometrías emocionales.



Captura de la web de la ETSIE sobre oferta educativa.

➔ [Visitar la web de la ETSIE](#)

Para orgullo de todos, la web de la ETSIE recoge algunas de esas construcciones, nacidas de la mirada atrevida de Roberto, compañero de aprendizaje, que junto a Andrés es hoy referente internacional en geometría paramétrica.

No sé qué forma acabará teniendo la de Sandra. Tendrá que mirar, escuchar, calcular, probar, ajustar... Pero hay algo que ya sabe: para quién la está construyendo.

Y ahí creo reconocer de quiénes puede aprender la universidad.

Por eso, cuando empiezo a tutorizar un trabajo fin de estudios, pregunto a mis estudiantes a quién van a dedicar su tiempo. No me refiero a la dedicatoria de agradecimientos. Les pregunto quién puede ser destino de ese aprendizaje. Quién se beneficiará de su ilusión, de su talento, de su esfuerzo.

¿Será ese trabajo un PDF que viva justo lo que tarde una comisión en descargarlo, evaluarlo y dejarlo después convertido en un archivo más?

¿O habrá alguien esperándolo al otro lado?

REGRESO Y VENTANA

Ya termino.

No quisiera que nada de lo que he contado sonara a conclusión después de décadas en la academia. Sería justo lo contrario.

No he venido como voz de la conciencia de nadie. Bastantes equilibrios —algunos incluso inestables— tengo que hacer con la mía.

Estoy convencido de que muchas de estas cosas ocurren todos los días en vuestras aulas. Profesores y profesoras que cambiáis una explicación porque habéis visto una cara. Que escucháis una pregunta

inesperada. Que modificáis una práctica. Que acompañáis. Que salís fuera. Que esperáis. Que probáis. Que os equivocáis y volvéis a probar.

Docentes que desafiáis vuestras zonas de confort no necesariamente saliendo de ellas, sino ensanchándolas hasta que pueda entrar algo que antes quedaba fuera.

En ese ir y venir, algunos ponemos nombres —ya me habéis escuchado— y otros no los necesitáis. No creo que eso sea lo importante.

Yo hoy solo he tenido el privilegio de detenerme y reconocer algunas de esas pequeñas transformaciones. De prestar mi tiempo de atril a quienes fueron dejando en mí una lección que todavía sigo aprendiendo.

Y procuro no dejar de hacerlo.

¿Recordáis a la niña del principio?

—Profe, profe, ¡que son las hojas las que hacen el viento!

Puede que siga equivocada.

Pero su afortunado error me enseñó algo que sigo practicando:
siempre cabe mirar al revés.

A veces basta con cambiar los planos de proyección para descubrir algo que siempre había estado delante. Tal vez por eso la pregunta que da título a esta lección no tenga una sola respuesta.

¿De quién aprende la universidad?

Yo no puedo responder por la universidad.

Solo puedo responder por mí.

Aprendí con don Manuel. En él empezó para mí la educación superior.

He tenido el privilegio de aprender de grandes referentes: compañeras y compañeros, docentes y no docentes, amistades —muchas están hoy aquí— y, por supuesto, de mi familia. He aprendido de sus experiencias y de las que he podido compartir con ellos.

También sigo aprendiendo de mis innumerables errores.

Y, de una manera muy especial, aprendo de quienes todavía llegáis a mis aulas con la esperanza de aprender de mí.

Procuro haceros saber pronto que vuestro aprendizaje no ocurre solo conmigo.

Porque, aunque tardé algo más en entenderlo, vuestro aprendizaje también ocurre en mí.

Algo de lo aprendido de quienes os precedieron acaba llegando, transformado, a quienes venís después. Y, al llegar, vuelve a transformarse.

Unos y otros me ayudáis a enseñar.

Me ayudáis a aprender.

Me ayudáis a ofrecerme.

Y seguís ayudándome a darle forma a mi enseñanza.

No dejéis de hacerlo.

Ojalá sigáis acercándoos estudiantes como Pepe, Alberto, Said o, ahora, Sandra, y me digáis:

—*Eduardo, eso no lo veo.*

O me preguntéis:

—*Eduardo, ¿y si lo miramos de otra manera?*

O quizá algo aparentemente tan absurdo como:

—*Eduardo, Eduardo, ¡son las hojas las que hacen el viento!*

Y entonces ojalá conserve la curiosidad suficiente para no responderos demasiado deprisa, para resistirme a la tentación de la certeza y mantenerme en gerundio.

Entonces podré responderos, como ahora a Sandra:

—*¿Vacas?*

—*¿Estrés? ¿Geometría?*

—*¡Sigamos mirando!*



Sigamos mirando

El microvídeo final devuelve la mirada a los estudiantes.

Pero antes de irnos, les invito a seguir mirando solo un instante más.

Miren frente a sus asientos. Miren incluso al respaldo del que tienen delante.

Actívenlo y miren.

Pero no miren solamente lo que tienen entre las manos.

Miren a través de ello.



El artefacto situado frente a los asientos convirtió la ETSIE en una pequeña ventana.

Aquí está la ETSIE.

Y, a través de ella, cada cual puede ver algo distinto según dónde ponga el foco y a quién mire.

Tal vez porque, al final, eso sea la universidad:

una ventana abierta... al aprendizaje.

Colofón

Lección inaugural del curso 2026/27, pronunciada el 7 de octubre de 2026 en la Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Edificación de la Universidad de Sevilla.

El acto reunió a cerca de sesenta personas, en su inmensa mayoría docentes, e incorporó una experiencia de eidoflexia y conversación material en la que participó el público asistente.

► [Ver la grabación íntegra del acto](#)

Sobre el autor

Eduardo Alejandro Herrero Vázquez (Gijón, 1961) es Arquitecto Técnico (1982), Arquitecto (1995) y Doctor en Arquitectura (2006). Profesor Titular de Universidad del Departamento de Ingeniería Gráfica de la Universidad de Sevilla, desarrolla su docencia en la Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Edificación, donde ha centrado buena parte de su trabajo en la innovación educativa y en el aprendizaje a partir de la relación entre estudiantes, docentes y contextos reales.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a quienes, desde lugares casi siempre invisibles, hicieron posible que esta lección fuera algo más que un texto pronunciado: una experiencia cuidada, compartida y también conservada. Y a quienes aceptaron conversar, construir, ofrecer y mirar.

Agradecimientos académicos

Esta lección se construye también sobre trabajos, preguntas y proyectos de estudiantes y egresados que, a lo largo de los años, fueron modificando mi manera de enseñar. Mi agradecimiento especial a las personas y colectivos cuyos trabajos se recogen a continuación, por orden de aparición, y a los estudiantes de nuevo ingreso de la promoción 2026/27 participantes en la actividad *My PIC* de los *Welcome Days* organizados por la ETSIE.

Trabajos y proyectos referidos en la lección

Becerra Cumberras, José Francisco. (2015). *Skate View: una perspectiva constructiva*. Proyecto Fin de Grado.

Heras Liñán, José. (2023). *Una mirada al futuro. Los espacios educativos desde una perspectiva dinámica en los intersticios de una universidad del siglo XXI*. Proyecto Fin de Grado.

Salwa Chaza, Alberto. (2024). *Revitalización de la Cartuja. Propuesta inmersiva para un nuevo uso del espacio público*. Proyecto Fin de Grado.

Cantillana Merchante, Concepción; Cartes López, Luisa; Avilés Martín, Gloria (2010). *El levantamiento metrofotográfico del Monte Benacantil*. X Congreso Internacional Expresión Gráfica aplicada a la Edificación.

Estudiantes del Máster en Prevención de Riesgos Laborales en Construcción, promociones 2020/21–2024/25. *Catálogo de proyectos ECO-PRL: 25+1 métodos de evaluación de riesgos ergonómicos para el sector de la construcción*.

Nerváez Rodríguez, Roberto. *Caterpillar* (2015); *Archimedean Pavilion* (2016). Construcciones paramétricas.

Créditos

Diseño y maquetación: Eduardo Alejandro Herrero Vázquez

Fotografías y apoyo visual · Daniel Navarro Liébanas

Grabación audiovisual · Cristina Arques Espino

Logística · Pablo Neira Sánchez

Protocolo · María Luisa Gamero Ramos

Coordinación · Rafael Esteve Pardal